

exteriores un borde blanco, y en las interiores unas estrechas manchas pardas, oblicuas y trasversales; las rectrices, de un gris pardo rojizo, jaspeadas de negro y orilladas en la extremidad de amarillo, tienen también junto á esta unas manchas circulares. Los ojos son de un pardo rojo; la cabeza, desnuda y verrugosa, de color violeta; la parte superior del cuello, de color azulado, tiene en la region del buche cinco ó seis verrugas grandes; el pico es amarillo y los piés de un rojo carmesí (fig. 146). Los colores de la hembra son semejantes, pero no tan bonitos como los del macho.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Sobre la vida en libertad del pavo existen muchos relatos, pero ninguno de ellos puede competir con el de Audubon, del cual tomamos la siguiente descripción. Las partes incultas aun de los Estados del Ohio, Kentucky, Illinois é Indiana; una inmensa extensión de país situada al noroeste de estos distritos, en el Mississippi y el Missouri; y los vastos países, cuyas aguas van á perderse en estos dos ríos, desde su confluencia hasta la Luisiana, comprendiendo las partes de bosque del Arkansas, del Tennessee y el Alabama, son las regiones donde abunda esta magnífica ave. Es menos común en Georgia y las Carolinas; escasea en Virginia y Pensilvania, y hoy día apenas se la ve al este de estos Estados. En mis excursiones á través de Long-Island, el Estado de Nueva-York y los diversos países que rodean los lagos, no encontré un solo individuo, si bien no ignoraba que existían algunos por aquella parte: también se ven todavía á lo largo de la cadena de los montes Alleghany.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El pavo salvaje emigra irregularmente y no siempre forma bandadas. En cuanto al primer punto, he observado que tan pronto como los frutos del bosque abundan en una parte del país mas que en otra, se ve á los pavos dirigirse hácia ella; así es como van siguiéndose las bandadas hasta que abandonan completamente un distrito, mientras que otro es ocupado del todo por estas aves. Como estas emigraciones no tienen nada de periódico y se efectúan en una vasta extensión del país, es indispensable indicar de qué manera se verifican.

Hacia principios de octubre, cuando apenas han caído de los árboles algunos granos y frutos, reúnen los pavos y se dirigen lentamente hácia los ricos valles del Ohio y del Mississippi. Los machos, ó como se les llama comunmente, los *gallos de la India*, formando grupos de diez á cien individuos, buscan su alimento separados de las hembras, mientras que estas permanecen solitarias, llevando consigo su prole, ó bien se reúnen con otras familias, constituyendo así bandadas de sesenta á ochenta individuos. Todas ellas cuidan mucho de evitar el encuentro de los pavos viejos, pues aunque los hijuelos hayan adquirido todo su desarrollo, pelean con ellos, y con frecuencia los exterminan á fuerza de picotazos en la cabeza. Viejos y jóvenes, no obstante, avanzan en la misma dirección y por tierra, á menos que su viaje no se interrumpa por la corriente de un río ó les obligue un perro de caza á emprender su vuelo. Cuando encuentran un río, se les ve subir á las mayores alturas de los alrededores, y permanecer allí con frecuencia todo el día, y á veces dos, cual si estuviesen deliberando. En todo este tiempo se oye á los machos gritar y hacer mucho ruido; agitanse, hacen la rueda con su cola, como si quisieran hacer alarde de valor ante tan peligrosa aventura, y hasta las hembras y los pequeños, dejándose llevar por estas enfáticas demostraciones, ensanchan la cola también, dan vueltas uno alrededor de otro, producen un sordo rumor y dan saltos estrambóticos. Por último, cuando todo parece estar tranquilo, la bandada entera sube á la copa de los mas altos árboles, donde, á la primera señal, reducida á un solo *gluck, gluck*, que lanza el guía, emprenden su vuelo á la orilla opuesta. Los individuos viejos y los que se hallan en

buen estado, tocan fácilmente en tierra, aunque el río tenga una milla de anchura; pero los pequeños y los menos robustos caen con frecuencia al agua. No se crea, sin embargo, que se ahogan; recogen las alas, oprimiéndolas contra el cuerpo; extienden su cola para sostenerse, alargan el cuello, y á impulsos de los vigorosos golpes que dan con sus patas á derecha é izquierda, nadan rápidamente hácia la orilla. Si al acercarse encuentran que es demasiado escarpada para tomar tierra, cesan del todo sus movimientos, se dejan llevar por la corriente hasta un sitio abordable, y una vez allí, consiguen por lo regular salir del agua por un violento esfuerzo. Es de notar que cuando han atravesado así un gran río, se les ve correr de un lado á otro durante algún tiempo como si estuviesen perdidos y entonces ofrece mucha mas facilidad calzados.

Cuando han llegado á los lugares donde abunda el fruto, diviéndose en bandadas mas reducidas, compuestas de individuos de todas clases y sexos, confusamente mezclados, que devoran todo cuanto encuentran. Esto sucede á mediados de noviembre, y algunas veces se familiarizan tanto despues de estos largos viajes, que se acercan á las granjas, reúnen con los volátiles domésticos, y penetran en los corrales y establos para buscar su alimento.

A mediados de febrero ejerce ya su influencia en estas aves el instinto de la reproducción: sepáranse las hembras de los machos; estos las persiguen atrevidamente y comienzan á cloquear, ó indican en otros tonos su pasión: los dos sexos se posan separadamente, pero no lejos uno de otro.

Cuando una hembra lanza su grito de llamada, contéstanle todos los machos que le oyen, emitiendo sus notas con tal precipitación, que no parece sino que la última quiere salir antes que la primera. En aquel momento no está abierta su cola como cuando hacen la rueda alrededor de las hembras, sino que la tienen mas bien como el pavo doméstico en el instante en que un ruido repentino le induce á cloquear. Si la llamada de la hembra procede del suelo, todos los machos bajan inmediatamente: cuando están posados, bien vean ó no á la hembra, extienden y levantan su cola; echan la cabeza hácia atrás, apoyándola sobre las espaldillas; recogen las alas como por un movimiento convulsivo; se pavonean hácia uno y otro lado con el aire mas majestuoso, y emiten una serie no interrumpida de sonidos de los mas extraños, deteniéndose de vez en cuando para escuchar y mirar. Mientras están así ocupados, encuéntranse á menudo los machos; entonces empeñan desesperadas luchas, que acaban con sangre, y muchas veces con la muerte de uno de los dos individuos.

Apenas muere su enemigo, el vencedor le patea, siendo lo mas extraño, segun Audubon, que no lo hace con odio, sino con los movimientos que hace al acariciar á su hembra.

Apenas el macho descubre á la hembra, acércase presuroso: si esta tiene mas de un año, comienza á pavonearse y á cloquear, dando vueltas al rededor del macho, que continúa por su parte haciendo la rueda; despues abre las alas de pronto; lánzase al encuentro de aquel, como para evitar dilaciones; se revuelca por tierra y recibe sus tardías caricias. Si se trata de una pava joven, el macho procede de distinto modo; se pavonea menos pomposamente, aunque con mas ardor; muévase con mayor rapidez cuando no revolotea al rededor como ciertas palomas y otras aves: y una vez posado en tierra corre con toda la ligereza posible en un trecho de diez pasos, frotando sus alas y cola contra el suelo. Entonces se acerca á la tímida hembra, calma su temor, emitiendo su mas dulce sonido, y acaba por prodigarle sus caricias cuando ella consiente.

Una vez apareados el macho y la hembra, quedan unidos por toda la estación, aunque el primero no parece limitarse

á una sola compañera, pues yo he visto muchas veces á un pavo pretender á varias hembras, cuando se encontraba por primera vez con ellas en el mismo sitio. Despues de aparearse, las pavas siguen á su macho favorito, y se posan cerca de él, en el mismo árbol, hasta que comienzan á poner. Llegado este caso, aléjanse por su propia voluntad, á fin de librar sus huevos de las acometidas del macho. Estos, por su parte, se manifiestan entonces áridos é indiferentes; ya no luchan entre sí, ni gritan ni se llaman con la frecuencia que antes, y hasta parece que no hacen caso ninguno de las hembras, las cuales ahora á su vez emplean todos los medios para excitar los sentimientos amorosos de sus esposos. Al fin los machos se separan del todo de las hembras, volviéndose á veces tan perezosos é indiferentes, que ni siquiera hacen caso del hombre, su mayor enemigo.

Hacia mediados de abril, cuando la estación es seca, ocupanse las pavas en buscar un sitio para depositar sus huevos.

El nido, compuesto de algunas hojas secas, está situado en tierra, en un agujero que practica la hembra al pié de un tronco ó en la copa de algun árbol caído, de ramaje muerto; algunas veces lo forma debajo de una breña ó espino, ó ya en fin á orillas de un campo de cañas; pero siempre en sitio seco. Los huevos, de color de crema tostada, con puntitos rojos, no suelen pasar de veinte, y con mas frecuencia de diez á quince. Cuando la hembra quiere poner, acércase siempre al nido con suma precaución; casi nunca va dos veces seguidas por el mismo camino, y antes de abandonar sus huevos jamás se olvida de cubrirlos con hojas, de modo que se puede ver muy bien al ave sin descubrir el nido. Pocos son los que se encuentran si no se ahuyenta á la hembra de improviso.

Cuando pasa algun enemigo á vista de la hembra mientras pone ó cubre, jamás se mueve, á menos que sospeche que la han descubierto; antes por el contrario, se hunde mas, esperando á que pase el peligro. Audubon refiere que con frecuencia ha podido acercarse á un nido, sabiendo que se hallaba en él la pava; pero tenia buen cuidado de aparentar indiferencia, silbando y hablándose á sí mismo, en cuyo caso permanecía la hembra quieta; mientras que si se adelantaba con precaución, no le dejaba acercarse nunca á mas de veinte pasos. Rara vez abandona su nido, aunque álguien le haya descubierto; pero jamás vuelve á él si una serpiente ú otro animal ha sorbido sus huevos; si todos desaparecen, pone por segunda vez. Algunas veces varias hembras depositan sus huevos en el mismo nido, y crían juntas los pollos. Audubon halló una vez tres que cubrían cuarenta y dos huevos: en tales circunstancias el nido está siempre guardado por una de las hembras, de modo que ninguna de las rapaces pequeñas le puede poner en peligro.

La hembra no abandona jamás los huevos cuando están á punto de salir los pollos; no hay peligro que la obligue á ello mientras le queda un átomo de vida; permitirá que la cercuen y se apoderen de ella antes que dejarlos. Cierto día Audubon vió salir unos hijuelos del cascaron: habiendo acajado el nido con intencion de apoderarse de la hembra y su prole, se ocultó á la distancia de algunos pasos solamente; la vió levantarse, dirigir á los huevos una mirada inquieta, cacarear con el tono que acostumbra en tales casos, apartar cada cáscara medio vacía, y acariciar y secar con su vientre á los recién nacidos, que vacilantes aun, procuraban tenerse derechos para salir del nido.

Antes de salir de este con su pollada, la madre se sacude bruscamente, ahueca sus plumas al rededor del vientre y presenta un aspecto muy distinto. Mira alternativamente hácia arriba y á los lados, alargando el cuello para asegurarse de que no hay en la vecindad halcon alguno ú otro enemigo;

despues, con las alas entreabiertas, se pone en marcha muy despacio, y cacarea bajito para conservar á su prole cerca de sí. Como los pollos salen á luz por lo regular despues del medio día, vuelven á su nido, pero solo para pasar la primera noche; despues de esto comienzan á recorrer mayor distancia, y permanecen en los terrenos elevados y ondulosos, pues la madre teme mucho la lluvia por sus hijuelos, que solo resisten una especie de plumon sumamente delicado.

Al cabo de unos quince días, los pequeños abandonan el terreno donde habian permanecido hasta entonces, y vuelan por la noche para posarse en algunas ramas muy gruesas, compartiéndose el sitio por igual debajo de las alas, muy encorvadas, de su buena y tierna madre. Despues salen del bosque durante el día y acércanse á los claros naturales ó á las praderas, donde encuentran fresas abundantes, moras silvestres y langostas, adquiriendo al mismo tiempo fuerzas bajo la influencia benéfica de los rayos del sol. Los jóvenes pavos crecen despues rápidamente; ya en agosto pueden remontarse pronto con el auxilio de sus fuertes alas, ganando fácilmente las ramas mas altas, y librarse así de las imprevistas acometidas de los carnívoros cuadrúpedos. Los machos comienzan á tener entonces el pincel de pelos en la garganta, cacarean ya un poco y se pavonean; mientras las hembras producen el ruido singular del gato que huye, y dan saltos estrambóticos.

Hacia la misma época se reúnen los adultos con los jóvenes y emprenden sus viajes.

Los enemigos mas formidables del pavo salvaje, despues del hombre, son el linco, el buho de las nieves y el gran duque de Virginia: el linco se come los huevos, y es muy diestro para apoderarse así de los individuos viejos como de los jóvenes. Los buhos cogen, sobre todo de noche, muchos de los árboles; sin embargo, los pavos se defienden á menudo con éxito contra ellos. Cuando se descubre un buho á pesar de su silencioso vuelo, un sencillo *gluck* advierte á toda la bandada. Al instante se ponen todos de pié, atentos á las evoluciones del buho, que despues de haber elegido una víctima, cae sobre ella como un rayo; y se apoderaría fácilmente de la presa si en el instante mismo no bajara el pavo la cabeza y permaneciese inmóvil, cubriendo el lomo con su cola. Entonces, no encontrando el buho mas que un plano inclinado, deslízase por él sin hacer daño al ave, la cual se lanza en seguida al suelo, salvándose del peligro á costa de algunas plumas.

Sucede bastante á menudo que los pavos silvestres se acercan á los domésticos para luchar con los machos ó asociarse con las hembras. Estas los reciben muy bien, así como los propietarios de las aves, porque la raza mestiza que resulta de semejantes uniones se distingue por muchas buenas cualidades de las crías domésticas. Con frecuencia se ponen á las pavas domésticas los huevos encontrados en el bosque, obteniéndose así pollos que si bien conservan aun algo de las costumbres salvajes se someten pronto á la cautividad y hasta se domestican mucho en ciertas circunstancias. Audubon tuvo un macho que le seguía como un perro, conduciéndose en todo como un pavo doméstico, si bien nunca entraba para dormir en la cuadra; prefería posarse en el tejado de la casa. Cuando tuvo mas edad todos los días visitaba el bosque, pero volvía al ponerse el sol.

A pesar de que el pavo prefiere las nueces del *pekan* y el fruto de la vid de invierno, y aunque siempre se encuentra en gran número allí donde abundan estas frutas, come sin embargo toda clase de yerba, trigo, bayas, insectos, pequeñas langostas, etc. Cuando los pavos corren entreabren un poco las alas, cual si les pesara demasiado el cuerpo; despues avanzan algunos metros llevándolas muy abiertas, ó saltan dos ó tres veces al aire á mucha altura, para continuar des-

pues su camino por el suelo. Al buscar su alimento tienen la cabeza muy levantada, cual si continuamente quisieran observar los contornos; mientras tanto escarban con los pies, interrumpen súbitamente su trabajo y recogen con el pico algo del suelo, cual si lo hubieran tocado ya con los dedos. Durante el verano visitan los sitios salvajes ó los caminos, ó bien los campos recién labrados, para bañarse en la arena. Cuando después de haber caído mucha nieve vuelve á helar, y se forma una dura capa en la superficie, los pavos permanecen sobre las ramas tres ó cuatro días seguidos sin comer nada, pero si hay granjas en la vecindad se aventuran en busca de alimento hasta en los establos y al rededor de los montones de trigo. En tiempo de nieve recorren distancias extraordinarias, y á pesar de su aparente torpeza, con tal rapidez que ningún caballo podría seguir su paso; en cambio obsérvese en la primavera que cuando han perdido sus fuerzas á causa del apareamiento, un buen perro los coge á la carrera.

CAZA.—En todos los puntos de América se da caza al pavo; pero no siempre se guardan las consideraciones convenientes para la conservación de la especie. Se persigue á los machos, sobre todo en el período del celo, acercándose á ellos el cazador á hurtadillas, como nosotros tenemos costumbre de hacerlo con el tetrao urogallo; también se les coge con perro ó se les mata al acecho: el cazador ha de ser muy práctico, atendida la gran timidez de las aves. Mucho más fácil es cogerlas con lazos y trampas, á causa de la estupidez de los pavos. En los bosques se construye una especie de caseta con tablas de dos ó tres metros de largo, cubriendo el todo en su parte superior con ramas secas, y formando en la inferior una puertecilla bastante grande para que pueda pasar un macho bien crecido. En el interior de la trampa se coloca un abundante cebo de maíz, alimento favorito de las aves, diseminándole desde la puerta por los contornos. Los pavos que pasan encuentran los granos, avanzan hasta la puerta, divisan en el interior de la trampa alimento abundante y entran; el uno sigue al otro, y así se reúne toda la bandada dentro para comerse el maíz; pero en vez de huir por la puerta, las estúpidas aves intentan escapar por entre las tablas; ninguna de ellas encuentra la salida y el cazador vuelve á la mañana siguiente, para buscar toda la bandada. Audubon asegura que á veces se encuentran todas muertas de hambre, porque el cazador, hartó ya de la carne de pavo, no quiere molestarse en visitar las trampas. En 1834, la caza daba todavía resultados tan favorables, que algunos individuos podían proveer de estas aves al gran pueblo de New Harmony. Según dice el príncipe de Wied, los cazadores pasaban por las calles llevando más de veinte pavos colgados en sus caballos, y solo pedían un taler por cada uno. Algunos años antes del término indicado estas aves eran tan numerosas en la misma región, que dos cazadores podían matar sin dificultad más de ciento en una cacería.

DOMESTICIDAD.—Poco después del descubrimiento de las Américas, el pavo llega á Europa, siendo Oviedo quien primero hace mención de él. «En Nueva España, dice, hay pavos grandes y muy sabrosos, de los que se han enviado muchos á las islas y á la provincia de Castilla del Oro, donde se les alimenta en casa de los cristianos. Las hembras no ofrecen nada de particular, pero son muy bonitas y hacen á menudo la rueda, á pesar de que no tienen la cola tan larga como los pavos de España.» Sigue á esto una fiel descripción del pavo en la que se termina diciendo que la carne de estos pavos reales es muy buena y más sabrosa y tierna que la de la especie española. Gyllius habla del pavo, considerándole como un ave doméstica de los europeos, y dice que en 1587 era tan raro y precioso, que el Consejo de Venecia

hizo una ley determinando las casas á que se daría permiso para comer gallos de Indias. En Inglaterra se le importó en el año décimoquinto del reinado de Enrique VIII, ó sea en 1524; en Alemania, en 1534, y en Francia un poco más tarde. Actualmente está diseminada en todas partes como ave doméstica. Con mucha frecuencia se le encuentra en España, sobre todo en las casas de labranza situadas lejos de los pueblos. En este país vi bandadas de varios centenares de individuos, vigilados por un pastor, que por la mañana los acompañaba al pasto, y volvía con ellos por la noche. En Alemania raras veces se crían pavos, á pesar de que esta industria, montada en gran escala, produce bastantes beneficios. Muchos propietarios de casas de campo los aprecian en alto grado, pero los más no los quieren porque son muy ruidosos, iracundos y pendencieros. Su estupidez es extraordinaria; la menor cosa inusitada los pone fuera de sí. «En verano, dice Lenz, sobre todo cuando tienen polluelos, causa lástima ver cómo miran á todas horas del día hácia el cielo, lanzando sin cesar su lastimero *jaub, jaub*, cual si creyeran ver en el sol una águila y en las nubes buitres.» Hace reír, añadiré yo, el terror con que emprenden la fuga delante de un pequeño cernicalo, cual si les persiguiera el demonio. Sin embargo, tienen cualidades muy buenas; sobre todo el amor maternal de la hembra, que en todas ocasiones merece elogios.

PRODUCTOS.—Las mujeres de nuestros colonos y labradores emplean las dobles plumas largas y colgantes, que en esta ave cubren las nalgas y la parte inferior de los costados, para preparar manteletas que si están bien hechas son de mucho efecto y muy cómodas.

LOS MEGAPÓDIDOS— MEGAPODIDÆ

CARACTERES.—Los megapódidos se asemejan mucho á las verdaderas gallináceas por su estructura, mientras que por sus movimientos, y particularmente por su vuelo, se parecen los más de ellos á los ralidos. Tienen talla mediana, patas bastante altas, y dedos largos por lo regular, provistos de uñas sólidas. En cuanto á los demás caracteres, difieren poco de los de las otras gallináceas.

Su esqueleto presenta, como particularidad, una pelvis muy ancha, relacionada con las dimensiones de los huevos, que son relativamente enormes. La pequeñez del cerebro, así como la manera singular que tienen de cubrir las hembras, indican un grado inferior de organización.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los megapódidos son propios de la Oceanía, y principalmente de Australia.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Estas aves difieren de todas las demás por la manera de cubrir sus huevos; tan característica es esta singularidad en su género de vida, que bastaría por sí sola para distinguir á la familia. Los huevos, en primer lugar, son de un tamaño extraordinario, y la hembra los deposita, no ya en un nido, sino debajo de un montón de hojas, bastando para su desarrollo el calor que se desprende, por fermentación, de aquella masa de sustancias vegetales. El pollo sale á luz completamente cubierto de plumas, y es capaz de bastarse á sí mismo sin el auxilio de sus padres.

LOS TALEGALLOS—TALEGALLUS

CARACTERES.—Este género, al que corresponde la especie más conocida de la sub-familia de los talegalinos (*Talegallina*), se distingue por tener el cuerpo grueso; cuello

de mediana longitud; cabeza voluminosa; alas cortas y redondeadas; cola medianamente larga, compuesta de diez y ocho pennas; plumaje abundante, formado de plumas grandes, de barbas anchas, y un plumon blando y lanoso, reemplazado en la cabeza y el cuello por algunos apéndices lanosos también; y últimamente, por tener en la parte anterior del cuello otro apéndice cutáneo muy largo y colgante.

EL TALEGALLO DE LATHAM—TALEGALLUS LATHAMI

CARACTERES.—El talegallo de Latham (fig. 147), pavo ó gallo de los brezos, como le llaman los colonos de la

Nueva Holanda, tiene el lomo de un hermoso color pardo chocolate; el vientre pardo claro, con rayas de gris plateado; el ojo de aquel tinte; las partes desnudas de la cabeza y el cuello de un rojo escarlata; el lóbulo cutáneo gutural de un amarillo vivo; el pico de un gris de plomo; las patas de un pardo chocolate claro. Esta ave mide 0^m,80 de largo, el ala 0^m,31 y la cola 0^m,25: la hembra difiere del macho por su menor tamaño ó por el collarín menos desarrollado.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—«No se sabe aun, dice Gould, cuál es el área de dispersión de esta ave. Se la ha encontrado en diversos puntos de la Nueva Gales del sur, desde el cabo Howe hasta la bahía de Moreton; Macgillivray me aseguró haber matado varios individuos á lo largo



Fig. 147.—EL TALEGALLO DE LATHAM

de la costa oriental, hasta Port-Molle; pero las numerosas cacerías practicadas en los bosques de Illanvava y de Meiland han disminuido de tal modo el número, que acaso hayan desaparecido estas aves. Me parece que son todavía comunes en los espesos bosques, poco explorados aun, de Manning y de Clarence. Yo creí al principio que habitaban la zona comprendida entre la costa y las montañas; grande fué sin embargo mi asombro cuando las encontré en los barrancos cubiertos de zarzales y en las pequeñas colinas que conducen desde las montañas al interior de las tierras.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—«El fenómeno más notable que ofrece el pavo de los brezos consiste en su manera de cubrir. A principios de la primavera forma el ave un gran montón de hojas secas; deposita en él sus huevos, y los deja expuestos al calor que desprenden aquellas sustancias vegetales en descomposición. El talegallo se ocupa en este trabajo algunas semanas antes de la puesta; el montón es de forma hemisférica, pero su volumen varía considerablemente: suele tener el contenido de dos carretadas de hojas. Una sola pareja forma esta aglomeración, ó acaso varias, como lo dicen diversos autores; mas á juzgar por su tamaño y el estado de descomposición de las capas más inferiores,

el mismo montón sirve varios años, si bien acumulan las aves nuevos materiales sobre los primeros cada vez que la hembra pone. Para aumentar la altura de la construcción, el talegallo desprende con sus patas una porción de hojas, y las lanza detrás, ejecutando esta operación tan cuidadosamente, que no queda una sola, ni siquiera una brizna en todo el contorno. Cuando el montón es bastante voluminoso y desprende bastante calor, la hembra comienza á poner; deposita sus huevos en el centro á la distancia de nueve á doce pulgadas unos de otros, y los hunde á la profundidad de sesenta, poco más ó menos, de tal modo que la punta gruesa quede siempre hácia arriba; después los cubre de hojas, y los abandona. Varios indígenas y colonos dignos de crédito me han asegurado que muchas veces se podía sacar de un solo montón un canasto de huevos, y yo mismo he visto á una mujer que llevaba medio, los cuales había encontrado en una espesura cerca de su casa. Algunos indígenas creen que la hembra permanece siempre cerca del montón, dispuesta á tapar los huevos que hayan quedado al descubierto, y á guiar á los pollos recién nacidos; otros aseguran, por el contrario, que no se cuida de los huevos ni ayuda tampoco á sus hijos. Lo cierto es que estos salen á luz completamente cubiertos de